

en anteriores conferencias, que cualquier reflexión sobre la situación nuestra, y sobre las posibilidades de superarla, tiene que vérselas con algo que hoy se dice rápidamente, pero que ya ha llevado varios lustros y que es una especie de gran mutación mundial, que ha hecho surgir nuevos poderes económicos y que al mismo tiempo, ha presenciado sobre todo en los últimos 5 años lo que llamamos tranquilidad al colapso del comunismo o del socialismo real, incluyendo el de centro o su corazón histórico que es la URSS.

Hoy, el colapso del socialismo y el surgimiento de nuevos poderes económicos, así como la afirmación del enorme poder organizativo y militar de los Estados Unidos es lo que domina el panorama; para nadie es nuevo ya, es decir, es noticia, ni siquiera de primera plana; en unos cuantos meses esto es sabiduría convencional. Sin embargo, si ustedes recuerdan o hacen un esfuerzo por recordar, hace unos cuantos años éste no era el panorama. Las crisis del petróleo en los años 70s junto con la aparición en el mundo de los llamados *Tigres económicos del Asia*, los países pequeños que se industrializaron rápidamente permitieron hablar muchos de una especie de conflicto estructural, que serviría para que esto que

se llamaba el Tercer Mundo se afirmara como identidad internacional del poder, capaz de cambiar los términos de las relaciones internacionales.

Y se habló entonces de la posibilidad de acosar los centros industriales tradicionales del mundo obligarlos a un nuevo orden económico internacional. Y sin embargo, unos cuantos años después de este discurso y sobre todo a partir de 1982, al calor de la crisis de la deuda, la idea del Tercer Mundo como una dimensión fuerte también cayó. Y hemos vivido nosotros y muchos otros la patética situación de que los retos que produjeron fue una respuesta muy cuestionada de los retos, que se convirtió en reconversión productiva y energética de los países avanzados mientras que nosotros los retadores, en conjunto no logramos la cuestión política para estar a la altura del reto y caímos víctimas de la crisis de deuda.

Hay entonces una situación internacional que también cambió drásticamente y que no permite pensar ahora, de hecho viendo retrospectivamente, permitiría pensar en el pasado inmediato anterior a lo que yo he descrito, que había posibilidades de superar la exigencia de un ajuste. Hay entonces

necesidad de pensar nuestra situación en términos de nuevas opciones, que no son opciones populares y mucho menos constituyen alternativas, a lo que pasa en general en el mundo; más bien parece ser que tenemos que preocuparnos por definir, por inventar una ruta de reformas económicas, sociales y políticas, que sin dibujar una ruta histórica distinta a la que está recorriendo el mundo en general, nos permitan, sin embargo, ir creando unas situaciones diferentes a las que yo he resumido en las gráficas que les presenté.

Una de las preguntas que surgen cuando uno piensa en esta situación que sigue con nosotros, que no es pasado, sino sigue siendo presente, es cómo fue que el país se las arregló para no caer en una especie de escenario de disgregación social, al calor de una crisis tan profunda o en un escenario de revuelta política? . Y esto sería digamos, por así decirlo, la cara optimista de la moneda que yo vengo a circular entre ustedes hoy. Creo que en primer término, lo que no está recogido aquí en estas gráficas es que a lo largo de, digámoslo así, cuarenta años, quizás un poco más, el país logró hacer, lo que llamaría yo una acumulación histórica de cosas materiales, es decir, de carreteras, de fábricas, de presas, de ins-

tuciones, particularmente de instituciones estatales, que si bien se demostraron, se han demostrado como insuficientes, fueron de cualquier manera útiles para mantener un mínimo grado de cohesión social y de estabilidad política en medio del ventarrón económico que sufrimos.

Esta acumulación histórica incluye entonces capacidades materiales desarrolladas, instaladas, y prácticas y relaciones sociales que antes no existían, y que van desde la organización campesina hasta el seguro social y la capacidad del estado para distribuir bienes esenciales para la vida a través, por ejemplo, de CONASUPO y otras formas de distribución de bienes básicos para un cierto contingente de trabajadores, que si bien no son la mayoría, sí son los mejor organizados. Y esto es algo que generalmente no incorporamos a nuestra descripción del período de crisis y ajustes; es decir, que este período de crisis y ajustes se da teniendo como telón de fondo esta acumulación histórica; y además se da inmediatamente después de un período breve pero espectacular de auge económico, que si bien no resolvió la desigualdad básica, sí le permitió prácticamente a toda la gente ganar más de lo que ganaba y en un sentido u otro ahorrar, ahorrar en

los bancos, o ahorrar teniendo bienes durables, es decir, ahorrar teniendo un automóvil, un refrigerador, aparatos electrónicos, un nuevo cuarto en la casa, etc. Todo esto es en mis términos, dicho aquí de manera muy genérica, poco rigurosa esto es acumulación histórica de la sociedad. Y esto es algo, me parece a mí, que tenemos que comenzar a revalorar en la perspectiva de un crecimiento posible a partir de ahora.

El crecimiento, pues, no se da nunca de cero, y lo que tenemos, así lo consideremos, así no lo consideremos porque ya lo tenemos, es necesario volverlo a ver con otros ojos, en el sentido de que puede ser esto que tenemos cosas útiles, palancas útiles para el futuro, porque es acumulación de cualquier manera. Esa sería mi primera propuesta hacia adelante.

Y la segunda, y esto me lleva al lado político de la economía política de esta transición, tiene que ver con algo que supongo es desde luego mucho más controvertido que los datos fríos con que los he estado torturando esta media hora previa, que son en buena medida en lo esencial incontrovertibles, digamos. Esto era de uso de alguna escuela oscura de análisis económico,

hoy es verdad oficial. Entonces podemos discutir sobre la precisión e implicaciones de uno u otro dato, pero los datos son más o menos de uso corriente y ya forman parte de nuestro conocimiento, más o menos asentado.

Voy ahora a lo segundo. La acumulación histórica no está suficientemente discutida, hay economistas, hay políticos, hay empresarios que piensan que todo lo hecho no sirve ya, y hay que sustituirlo por algo nuevo. A mí me parece que ése si es un salto en el vacío y puede implicar un gran desperdicio desde un punto de vista mente económico, incluso lucrativo; pero parece ser que nadie podría discutir que, en efecto, este país tuvo varias décadas de cambio económico y de crecimiento; sin embargo, repito, esto está en efecto a discusión.

Lo tercero quizás es más discutible, pero me parece que es uno de los, por así decirlo, uno de los activos con los que cuenta el país para pensar en que puede abrirse un curso nuevo y más o menos largo de crecimiento y desarrollo, que es lo que al final de cuentas, por así decirlo, reúne, coagula las angustias e inquietudes nacionales de la posibilidad de volver a tener actividad, de revi-

vir expectativas y visualizar realista, no utópica-mente, un futuro mejor para éstas y las generaciones que vienen, me refiero concretamente al sistema político y lo que ha venido pasando con él en los últimos veinte años.

Quizás habría que empezar proponiendo algo que parecía resuelto en la discusión política de los años 60s ó 70s, pero que del 88 para acá volvió a aparecer entre nosotros; me refiero a que el sistema político mexicano dejó de ser desde los años veintes de este siglo un sistema de hombres fuertes, para volverse un sistema de presidencia fuerte y consecuente de presidentes fuertes, pero no al revés. El sistema político mexicano ha sido organizado en torno a una presidencia que puede no ser tan fuerte, pero de la cual y de cuya fortaleza deriva el que los presidentes lo sean o no. Hemos vivido en efecto un sistema político autoritario que se organiza alrededor de la presidencia, y que ha convertido a los presidentes en los árbitros de última instancia y los grandes decididores en materia económica y política. Por mucho tiempo, digamos de Cárdenas, Echeverría, López Portillo, digámoslo así, el presidente -La Presidencia- aparecía entre nosotros como el representante del pueblo organiza-

do en sindicatos y organizaciones campesinas; y el partido del gobierno, frente al resto de los poderes internos y externos, es decir, frente a los empresarios, el poder exterior, particularmente los Estados Unidos y la Iglesia. Y éste era el esquema político dentro del cual se procesaba lo que es esencial en la política, que es la conformación y la transmisión del poder, y así vivimos relativamente tranquilos todos.

Sin embargo, a fines de los años 60s empezó lo que podríamos llamar un cuestionario estructural porque provenía de la sociedad misma, de la nueva sociedad que se había ido formando de la presidencia como el eje que organizaba el sistema político autoritario mexicano. En 1968 los grupos medios urbanos, particularmente estudiantes, intelectuales, profesionistas de algunas de las principales capitales del país, desde luego la ciudad de México, cuestionaron directamente a la Presidencia. Y entre 1974 y 76, como ustedes recordarán supongo, también hubo un cuestionamiento abierto a la Presidencia, ya no de los grupos medios, sino de los grupos empresariales destacados. En 1982, para ir muy rápido, vivimos la ruptura de las reglas de oro del sistema político autoritario. En 1982 se dice claramen-

te no a la Presidencia como una figura política autónoma y no sujeta a acotamientos y controles; lo dicen los empresarios, lo dicen los grupos medios, lo dicen los partidos políticos; no lo dice el país todo, sí, no hay una rebelión contra ningún Don Porfirio, porque repito, no hay Don Porfirios en México; y lo que yo estoy sugiriendo es que es inimaginable que haya un Don Porfirio, pero se cuestiona el papel tradicional de la Presidencia Mexicana. Y sin embargo, coincidiendo con este cuestionamiento, empezamos a vivir la crisis económica más profunda del siglo que es la que yo he tratado de describir a ustedes. El país tiene que ajustarse para pagar la deuda y entonces, esta Presidencia, cuestionada pero viva, se da a la tarea de sobreexplorar el sistema político: la Presidencia se aísla, toma decisiones que no negocia con el pueblo organizado, no negocia con los sectores del partido, no negocia con los sindicatos, no negocia prácticamente con nadie, sino en sus círculos internos de decisión toma las decisiones para llevar a cabo este ajuste doloroso del país.

Uno decía, estoy pensando en 1983-84 *"Si esto continúa el país va a explotar"*, y no explotó. Luego otra gente decía: *"No, ni explotó, ni va*

*a explotar, porque en este país nadie va a protestar, este país está bajo control"*. Fíjense el juego, primero unos decíamos: *"El país va a explotar si lo someten a este terrible castigo económico social"*, y nos equivocamos, no explotó. Luego los que sacaron las enseñanzas de esta propuesta equivocada dijeron: *"Ni explota ni explotará"*, e inmediatamente que comenzaron a decir esto vino el 88 y, en efecto el país no explotó, pero hubo un espectacular redescubrimiento. Yo diría invención de la ciudadanía, se descubrió, casi diríamos de repente, los valores ciudadanos, los que estaban subsumidos en este esquema de dominio presidencial y de pueblo organizado. Y este pueblo organizado comenzó a manifestarse como individuos, sin perder su organización, pero como individuos y entonces lo que tuvimos en el 88 fue el *"Si pasan cosas, no es cierto que nada pase en este país"*, pero pasan cosas de una manera que no esperábamos, pasaron las cosas a través de los votos y de las elecciones.

Y qué es lo que nos dice este aspecto político social de estos años? Bueno, que la población habría cambiado, no solo se habría trasladado del campo a la ciudad, sino que la ciudad habría ido

ustedes quieren soterradamente, calladamente, cambiando sus modos de ver la vida y de entender su lugar en el mundo y su relación con el poder. Y entonces, me parece, a partir de 1988 la democracia se vuelve parte esencial de lo que podríamos llamar el núcleo del futuro mexicano.

Y la democracia, díganos en su aspecto básico más elemental, que es lo que se pide? Se pide que los presidentes sean predecibles, es decir, que de plano se abandone la idea de una Presidencia autónoma en sentido absoluto del término, que pueda hacer lo que sea, cuando quiera; se pide y se actúa una participación social, cada vez más libre y desenfadada hasta llegar a si no el exceso, su casi a la rutina participativa, como la vivimos nosotros en la ciudad de México con varias manifestaciones en promedio por día, todos los años desde los últimos cinco o seis. Y de manera más específica se comienza a plantear desde diferentes miradores de la vida pública en México el control de la Presidencia, a través del Congreso, es decir, a través de representantes electos de la población, ya no de representantes de la población organizada en sectores, ya no el control de la Presidencia por la vía sólo de la movilización como en el 68 o en el 74, sino el control de

la Presidencia por la vía de procesos establecidos, consistentes, permanentes, sometidos entonces a unas reglamentaciones públicas, que eso es un Congreso; a diferencia de una asamblea, de una movilización, de una protesta, un Congreso es un órgano colegiado representativo, sujeto a reglas públicamente acordadas y aceptadas por todos: los ganadores y los perdedores. Y esa es la perspectiva que abre, me parece a mí, el 88.

Resumiendo, digamos veinte años: en 1970 después de esto que eufemísticamente el Presidente López Portillo llamó la crisis de conciencia del 68, lo que comenzamos a vivir es una especie de reforma política, controlada y restringida por el estado. En época de Echeverría vivimos lo que se llamó la apertura, que fue sobre todo la liberación de los medios informativos, un relativo buen trato a los sectores intelectuales y a las universidades y nada más, porque se esperaba en aquellos años que el desarrollo económico y social sería suficiente para reincorporar estas energías ciudadanas, clasemedieras y empresariales, y el país podría seguir con el mismo formato político de antes. En 1978, como ustedes saben se da el primer paso de una liberación política, a un proceso real de reforma, cuando Reyes Heróles,